

no atribuyeron á ignorancia su pecado, sino á su desenvoltura, y á la natural inclinacion de las mujeres, que, por la mayor parte, suele ser desatinada y mal compuesta. Encerrada Leandra, quedaron los ojos de Anselmo ciegos, á lo menos sin tener cosa que mirar que contento les diese; los míos en tinieblas sin luz, que á ninguna cosa de gusto les encaminase con la ausencia de Leandra: crecía nuestra tristeza, apocábase nuestra paciencia, maldecíamos las galas del soldado, y abominábamos del poco recato del padre de Leandra. Finalmente, Anselmo y yo nos concertamos de dejar el aldea, y venirnos á este valle, donde, él apacentando una gran cantidad de ovejas suyas propias, y yo un numeroso rebaño de cabras, también mías, pasamos la vida entre los árboles, dando vado á nuestras pasiones, ó cantando juntos alabanzas ó vituperios de la hermosa Leandra, ó suspirando solos, y á solas comunicando con el cielo nuestras querellas. Á imitación nuestra, otros muchos de los pretendientes de Leandra se han venido á estos ásperos montes, usando el mismo ejercicio nuestro, y son tantos, que parece que este sitio se ha convertido en la pastoral Arcadia, según está colmado de pastores y de apriscos, y no hay parte en él donde no se oiga el nombre de la hermosa Leandra. Este la maldice, y la llama antojadiza, varia y deshonestá; aquel la condena por fácil y ligera; tal la absuelve y perdona, y tal la justifica y vitupera; uno celebra su hermosura; otro reniega de su condicion; y, en fin, todos la deshonran, y todos la adoran, y de todos se extiende á tanto la locura, que hay quien se queje de desden sin haberla jamás hablado, y aun quien se lamente y sienta la rabiosa enfermedad de los zelos, que ella jamás dió á nadie, porque, como ya tengo dicho, antes se supo su pecado que su deseo. No hay hueco de peña, ni márgen de arroyo, ni sombra de árbol que no esté ocupada de algun pastor que sus desventuras á los aires cuente: el eco repite el nombre de Leandra donde quiera que pueda formarse; ¡Leandra! resuenan los montes; ¡Leandra! murmuran los arroyos; y Leandra nos tiene á todos suspensos y encantados, esperando sin esperanza, y temiendo sin saber de qué tememos. Entre estos disparatados, el que muestra que menos y mas juicio tiene, es mi competidor Anselmo, el cual, teniendo tantas otras cosas de qué quejarse, solo se queja de ausencia, y, al son de un rabel que admirablemente toca, con versos donde muestra su buen entendimiento, cantando se queja: yo sigo otro camino mas fácil, y, á mi parecer, el mas acertado, que es decir mal de la ligereza de las mujeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promesas muertas, de su fe rompida, y, finalmente, del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos é intenciones; y esta fué la ocasion, señores, de las palabras y razones que dije á esta cabra, cuando aquí llegué; que, por ser hembra, la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Esta es la historia que prometí contaros: si he sido en el contarla prolijo, no seré en serviros corto: cerca de aquí tengo mi majada, y en ella tengo fresca leche y muy sabrosísimo queso, con otras varias y sazoadas frutas, no menos á la vista que al gusto agradables."

CAPÍTULO LII.

De la pendencia que Don Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los disciplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor.

GENERAL gusto causó el cuento del cabrero á todos los que escuchádole habian; especialmente le recibió el canónigo, que con extraña curiosidad notó la manera con que le habia contado, tan lejos de parecer rústico cabrero, cuan cerca de mostrarse discreto cortesano; y así, dijo que habia dicho muy bien el cura en decir, que los montes criaban letrados. Todos se ofrecieron á Eugenio; pero, el que mas se mostró liberal en esto, fué Don Quijote, que le dijo: "Por cierto, hermano cabrero, que si yo me hallara posibilitado de poder comenzar alguna aventura, que luego luego me pusiera en camino por que vos la tuviéades buena, que yo sacara del monesterio (donde sin duda alguna debe de estar contra su voluntad) á Leandra, á pesar del abadesa y de cuantos quisieran estorbarlo, y os la pusiera en vuestras manos, para que hiciéades della á toda vuestra voluntad y talante; guardando, pero, las leyes de caballería, que mandan que á ninguna doncella se le sea fecho desaguizado alguno: aunque yo espero en Dios Nuestro Señor, que no ha de poder tanto la fuerza de un encantador malicioso, que no pueda mas la de otro encantador mejor intencionado; y, para entonces, os prometo mi favor y ayuda, como me obliga mi profesion, que no es otra sino de favorecer á los desvalidos y menesterosos." Miróle el cabrero, y, como vió á Don Quijote de tan mal pelaje y catadura, admiróse; y preguntó al barbero, que cerca de sí tenia:

"Señor, ¿quién es este hombre, que tal talle tiene, y de tal manera habla?—¿Quién ha de ser, respondió el barbero, sino el famoso Don Quijote de la Mancha, desfacedor de agravios, enderezador de tuertos, el amparo de las doncellas, el asombro de los gigantes, y el vencedor de las batallas?—Eso me semeja, respondió el cabrero, á lo que se lee en los libros de caballeros andantes, que hacian todo eso que de este hombre vuestra merced dice, puesto que para mí tengo, ó que vuestra merced se burla, ó que este gentil hombre debe de tener vacíos los aposentos de la cabeza.—Sois un grandísimo bellaco, dijo á esta sazón Don Quijote, y vos sois el vacío y el menguado; que yo estoy mas lleno que jamás lo estuvo la muy hi de puta, puta que os parió:" y, diciendo y haciendo, arrebató de un pan que junto á sí tenia, y dió con él al cabrero en todo el rostro, con tanta furia, que le remachó las narices; mas el cabrero, que no sabia de burlas, viendo con cuántas veras le maltrataban, sin tener respeto á la alhombra ni á los manteles, ni á todos aquellos que comiendo estaban, saltó sobre Don Quijote, y, asiéndole del cuello con entrambas manos, no dudara de ahogarle si Sancho Panza no llegara en aquel punto, y le asiera por las espaldas, y diera con él encima de la mesa, quebrando platos, rompiendo tazas, y derramando y esparciendo cuanto en ella estaba. Don Quijote, que se vió libre, acudió á subirse sobre el cabrero, el cual, lleno de sangre el rostro, molido á coces de Sancho, andaba buscando á gatas algun cuchillo de la mesa, para hacer alguna sanguinolenta venganza; pero estorbáronsele el canónigo y el cura; mas el barbero hizo de suerte, que el cabrero cogió debajo de sí á Don Quijote, sobre el cual llovió tanto número de mojicones, que del rostro del pobre caballero llovía tanta sangre como del suyo. Reventaban de risa el canónigo y el cura, saltaban los cuadrilleros de gozo, zuzaban los unos y los otros, como hacen á los perros cuando en pendencia están trabados: solo Sancho Panza se desesperaba porque no se podia desasir de un criado del canónigo, que le estorbaba que á su amo no ayudase. En resolucion, estando todos en regocijo y fiesta, sino los dos aporreantes que se carpian, oyeron el son de una trompeta, tan triste, que los hizo volver los rostros hácia donde les pareció que sonaba: pero, el que mas se alborotó de oírle, fué Don Quijote, el cual, aunque estaba debajo del cabrero, harto contra su voluntad, y mas que medianamente molido, le dijo: "¡Hermano demonio, que no es posible que dejes de serlo, pues has tenido valor y fuerzas para sujetar las mias! ruégote que hagamos treguas, no mas de por una hora, porque, el doloroso son de aquella trompeta que á nuestros oídos llega, me parece que á alguna nueva aventura me llama." El cabrero, que ya estaba cansado de moler y ser molido, le dejó luego, y Don Quijote se puso en pié, volviendo asimismo el rostro adonde el son se oía, y vió á deshora que, por un recuesto, bajaban muchos hombres vestidos de blanco, á modo de diciplinantes. Era el caso, que aquel año habian las nubes negado su rocío á la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hacian procesiones, rogativas y diciplinas, pidiendo á Dios abriese las manos de su

misericordia, y les lloviese; y, para este efecto, la gente de una aldea que allí junto estaba, venia en procesion á una devota ermita que en un recuesto de aquel valle habia. Don Quijote, que vió los extraños trajes de los diciplinantes, sin pasarle por la memoria las muchas veces que los habia de haber visto, se imaginó que era cosa de aventura, y que á él solo tocaba, como á caballero andante, el acometerla; y confirmóle mas esta imaginacion, pensar que una imágen que traian, cubierta de luto, fuese alguna principal señora que llevaban por fuerza aquellos follones y descomedidos malandrines; y, como esto le cayó en las mientes, con gran ligereza arremetió á Rocinante, que paciendo andaba, quitándole del arzon el freno y el adarga, y en un punto le enfrenó, y, pidiendo á Sancho su espada, subió sobre Rocinante, y embrazó su adarga, y dijo en alta voz á todos los que presentes estaban: "Ahora, valerosa compañía, veredes cuánto importa que haya en el mundo caballeros que profesen la órden de la andante caballería: ahora, digo, que veredes, en la libertad de aquella buena señora que allí va cautiva, si se han de estimar los caballeros andantes:" y en diciendo esto, apretó los muslos á Rocinante, porque espuelas no las tenia, y á todo galope (porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia que jamás la diese Rocinante) se fué á encontrar con los diciplinantes; bien que fueron el cura, y el canónigo y barbero, á detenerle, mas no les fué posible, ni menos le detuvieron las voces que Sancho le daba, diciendo: "¿Adónde va, señor Don Quijote? ¿qué demonios lleva en el pecho que le incitan á ir contra nuestra fe católica? advierta, ¡mal haya yo! que aquella es procesion de diciplinantes, y que, aquella señora que llevan sobre la peana, es la imágen benditísima de la Virgen sin mancilla: mire, señor, lo que hace, que, por esta vez, se puede decir que no es lo que sabe." Fatigóse en vano Sancho, porque su amo iba tan puesto en llegar á los ensabanados, y en librar á la señora enlutada, que no oyó palabra; y, aunque la oyera, no volviera si el Rey se lo mandara. Llegó, pues, á la procesion, y paró á Rocinante, que ya llevaba deseo de quietarse un poco, y, con turbada y ronca voz, dijo: "¡Vosotros, que, quizá por no ser buenos, os encubris los rostros! atended y escuchad lo que deciros quiero." Los primeros que se detuvieron, fueron los que la imágen llevaban; y uno de los cuatro clérigos que cantaban las letanias, viendo la extraña catadura de Don Quijote, la flaqueza de Rocinante, y otras circunstancias de risa que notó y descubrió en Don Quijote, le respondió, diciendo: "Señor hermano, si nos quiere decir algo, dígalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos, ni es razon, que nos detengamos á oír cosa alguna, si ya no es tan breve que en dos palabras se diga.—En una lo diré, replicó Don Quijote; y es esta: que luego al punto dejéis libre á esa hermosa señora, cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras que la llevais contra su voluntad, y que algun notorio desaguizado le habedes fecho; y yo, que nací en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentiré que un solo paso adelante pase, sin darle la